

de la infancia. Este cuadro es uno de los mas populares que hay en Alemania, y por lo tanto ha sido copiado mil veces, y reproducido tambien en mader y porcelana para toda clase de muebles y en todas dimensiones. La copia que damos con este artículo está sacada del mejor grabado que se conoce. Hildebrand es joven todavía; los rápidos progresos que ha hecho en su arte, y el éxito que sus obras han obtenido, nos prometen sin duda otras nuevas tan buenas ó mejores.

### SEMIRAMIS, REINA DE BABILONIA.

Semiramis, princesa generosa,  
al frente de su gente generosa,  
hasta el Indo y el Nilo sus fronteras  
dilata por acciones muy guerreras.  
Duchassa.

I.

Varrón, uno de los genios romanos en el siglo de Augusto, se dedicó á examinar todos los monumentos que la antigüedad presentaba á la historia; mas despues de sus grandes estudios é investigaciones dijo:

— Que desde el principio del mundo hasta el diluvio de Noé estaba cubierto con el velo de la ignorancia: que desde el principio de Noé hasta la Olimpiada primera, lo encontraba desfigurado y confundido por los fabulistas; y que unos veintifres años despues de la fundacion de Roma vino el tiempo de la historia.

Probado con el parecer de un historiador tan antiguo y acreditado como Varrón que la primera época, esto es, desde la creacion del mundo hasta el diluvio no quedó mas que la sombra, resta únicamente considerar el estravio de la razon de la segunda época, confundida por la fabula, para conocerse moralmente de que cuanto se ha escrito de la vida privada de Semiramis es una pura invencion, puesto que carece del conocimiento del sistema interior de su gobierno y de muchas particularidades de su reinado.

Y no puede ménos de suceder así, pues en mas de cuarenta siglos que van trascurridos, la razon natural induce á creer que la vida pública de esta muger grande ha venido por tradicion á las generaciones futuras, hasta que, llegada la época gloriosa de la historia, pudo consignarse en sus páginas la memoria de una reina célebre... la primera reina que mandó en el mundo.

Los enredos amorosos de Semiramis y el lujo ostentoso de su corte han sido trasladados á los cantos líricos y escenas teatrales, en las que el genio humano tuvo que inventar situaciones interesantes para alargar su argumento y entretener á los espectadores. Y lo que puede decirse como un hecho cierto, es, que vivió esta muger extraordinaria cuyo nombre se hizo tan eterno como el tiempo, reconocida por todos los historiadores como una princesa guerrera y como restauradora de la hermosa ciudad en donde fué soberana... ¡la populosa Babilonia que existió en la llanura de Sénac, cuyo mention de ruinas todavía contempla con asombro el atrevido viajero!

El describir, pues, los hechos de la vida privada de esta reina es tan imposible como contar las estrellas del cielo; pero puede ofrecerse sin embargo una ligera idea de las dotes y travesuras de su vida pública al propio tiempo que de la grandiosidad de sus acciones.

Antes de todo haremos una reseña de los hombres que

formaron el imperio de los caldeos y de la elevacion de Semiramis á su trono.

La historia sagrada nos dice que mediaron mil seiscientos cincuenta y seis años desde la creacion del mundo hasta el diluvio universal conocido por el de Noé: la profana no conviene enteramente en el número de años, pero sí en el punto esencial; aun cuando varios escritores modernos, empuñados en negarlo todo por adquirir una vana celebridad, no reconocen aquel diluvio por universal. Dejando á un lado la divergencia de opiniones en este punto, lo mas cierto, lo que mas inclina á creer al hombre, es el testo sagrado; testo que se salvó en el naufragio de Noé y que se trasmitió despues á las generaciones venideras.

El diluvio está representado en la historia sagrada como un castigo de Dios sobre la maldad del hombre; las aguas subieron veinte y un codos,—diez varas y media castellanas,—sobre la montaña mas alta de la tierra, y por consiguiente perecieron todos los seres que la poblaban, menos el justo y su familia, que saliendo lesos de la misteriosa arca, retoñaron de nuevo esparciéndose por la superficie de la tierra.

El pais situado entre los hermosos rios conocidos por el Eufrates y el Tigris, fué el asiento de Noé y su descendencia hasta la sesta generacion. La dulzura del clima, la amabilidad del pais, la feracidad de la tierra, les detuvo tanto cuanto en el pudieron ensancharse; pero luego que por la muchedumbre se vieron allí oprimidos, dividieron su heredad en esta forma:

Al hijo mayor Sem le cupo el Asia oriental para si y sus descendientes: á Cam y su familia el Egipto, la Arabia y el Africa; y á Jafet tercer hijo, se le repartió la Europa y una parte del Asia occidental.—De la descendencia del primero vino el justo Abraham; del segundo nacieron los fenicios inventores de las letras del alfabeto, los cuales construyeron navas y poblaron todas las costas del Mediterráneo.—Quiere suponer algunos que fueron los fenicios los primeros habitantes que tuvo España, y se fundan en que en lengua fenicia *Sejania* ó *Sclavia*, de donde se deriva su actual denominacion, significa boreal, septentrional, que es precisamente la situacion que ocupa España respecto del Africa. La opinion mas generalizada, sin embargo, concede esta gloria á Tubal, tercer hijo de Jafet é inventor de la música, de cuya descendencia vinieron tambien los primeros habitantes de la Grecia, pais que llegó á reunir los sabios del mundo y que fué la cuna de las ciencias.

Antes de partir á poblar las demarcaciones que respectivamente se habia señalado, conciliaron todos unidos el pensamiento de edificar una ciudad en el sitio de su separacion, levantando una torre hasta las nubes para eternizar su memoria por este monumento gigantesco; pero dice la Escritura que viéndoles Dios obstinados en tan loca empresa, confundió su idioma inspirando una lengua particular á cada familia, de donde procede la diversidad de lenguas entre los hombres, tomando desde entonces el nombre de torre de Babel, y la ciudad el de Babilonia, que en hebreo quiere decir *confusion*.

II.

Tanto la historia sagrada como la profana convienen en que fué primer imperio el de Babilonia, por otro nombre el de Caldea.—La fundacion de este imperio se atribuye á Nembrot, que en hebreo significa *rebelde*, por el año mil ochocientos de la creacion del mundo y ciento cuarenta y cuatro despues del diluvio. Aun cuando los pobladores se

encontraban dispersos, Babilonia ya estaba edificada y con muchos habitantes.

Pintan á Nembrot un hombre de formas hercúleas y con tanta gracia natural que su presencia imponía á los demas. En sus primeros años dedicóse á la caza; él mismo inventó el lazo, la flecha y el arco para herir á las reses mayores, y asociado en este ejercicio con otros jóvenes infatigables, tomó de aquí vuelo su pasión de dominar al hombre.—Al gusto de reinar Nembrot en el bosque sobre las fieras siguió la de reinar sobre los hombres, y de un cazador helicozo tuvo origen el primer rey y el primer conquistador que conocieron los caldeos.

Todavía estaban libres los pobladores obedeciendo únicamente á los jefes de sus familias. Ya habían acabado la construcción de Babilonia, que tardó trece años desde su separacion por la confusion de las lenguas, y Nembrot concibió el pensamiento de apoderarse de la ciudad considerada como parte del patrimonio de Sem y su posteridad.—Anunció, pues, á los jóvenes que siempre le acompañaban una gran batalla con el objeto de que todos se armasen con el arco y las flechas; luego que los tuvo reunidos, los formó en el campo distribuyéndoles en grupos, á cuya cabeza se puso Nembrot como jefe.

—¡Babilonios! —les dijo, si vuestro poder sujeta las fieras, ¿porqué no hemos de mandar tambien á los hijos de Sem, que ufanos con su ciudad nos quieren imponer la ley? Yo á vuestra cabeza entraré mañana y os juro que tomaremos lo mejor. Si hubiese resistencia por los moradores, nuestras armas que sirven para herir las fieras tambien hieren al hombre.

—Porque te creemos superior á nosotros, le contestaron, te proclamamos de corazon nuestro caudillo, Nembrot, y obedeceremos ciegamente tus mandatos.

Con el aparato guerrero que es consiguiente entraron silenciosos en Babilonia: maravillados los pobladores al ver tanto joven reunido, se agruparon todos por la novedad, muy ajenos de la intencion hostil que llevaban, pero cuando vieron que el grito de Nembrot disponian sus arcos contra los habitantes, huyeron desprovistos en todas direcciones abandonando enseguida la ciudad al usurpador y retirándose al otro lado del Tigris los poseedores legítimos. Dueño ya de la poblacion, se constituyó en soberano, haciendo á Babilonia capital de sus estados, y conquistando sobre la marcha otras tres ciudades allí cercanas llamadas Arach, Acad y Chalané.

Envanecido con su victoria bien pronto les obligó á que le reconocieran por rey todas las poblaciones situadas desde el Eufrates hasta la margen occidental del Tigris, sin otro título ni otro derecho que el de la ley del mas fuerte.—Gobernó, sin embargo, este primer monarca con tanta bondad y sabiduria los sesenta y cinco años que reinó, que no sintieron los vasallos el peso de sus cadenas. Se acostumbraron muy luego á un yugo, á la verdad injusto, pero del cual sacaban muchas ventajas que de su primitiva libertad.—Sus grandes cualidades imprimieron en el corazon de sus súbditos tanta estimacion, tanto respeto y veneracion, que olvidando el crimen de usurpador que manchaba la frente de Nembrot, le erigieron estatuas despues de su muerte á las cuales honraban con los mismos obsequios que en vida.

Con el tiempo se olvidaron tambien de que habia sido un hombre sujeto á morir, y como á un Dios le adoraron levantándole altares, instituyéndole sacerdotes y ofreciéndole sacrificios, bajo el nombre de *dios Bet ó Tal*, tan célebre en los antiguos pueblos del Oriente.—De este hombre tuvo

origen el nacimiento de la idolatría en toda el Asia.

Por la muerte de Nembrot fué exaltado al trono de Babilonia su hijo Nino, marido ya de la ilustre Semiramis; ambos á dos deseaban con ansia los días de gloria, porque se habían afanado á las conquistas bajo los estandartes de su padre. Formaron pues un ejército, y puestos á su cabeza arrollaron todo lo que se les puso por delante estendiendo los limites de sus estados hasta el río Indo.

La Asiria fué el primer punto de su conquista.—Asir, nieto de Noé, habia dado su nombre á esta region.—Arrojado por Nembrot de Babilonia, se habia establecido al otro lado del río Tigris, edificando en la orilla oriental una hermosa ciudad que se llamó despues *Ninive la bella*; pero cuando descansaba tranquilo, fiado en que un río tan caudaloso le serviria de muralla contra los proyectos ambiciosos de los babilonios, hé aquí que Nino descubrió el secreto de pasar sobre las aguas cercando con sus tropas á Ninive y haciéndose tambien dueño de ella.—La situacion de esta ciudad que sobresalía en grandeza y hermosura á todas las demas, determinaron al rey Nino á constituir la capital de sus estados y centro del imperio. A tal punto la engrandeció, que muchos historiadores le tuvieron por su fundador; sin duda por la conexcion de su nombre con el de la ciudad; pero todo ha desaparecido bajo la carcoma del tiempo, sin haber quedado mas que la memoria de una populosa ciudad que existió.

Los autores antiguos daban á Ninive siete leguas de longitud, sus muros tenían casi cien pies de alto, veinte de grueso y mil quinientas torres en los flancos; los modernos hacian subir á veinte y cuatro leguas su circunferencia y tres días de camino.—Es ciertamente muy admirable la extension que los primeros pobladores daban á sus ciudades, aun cuando debe advertirse que era costumbre en aquellos tiempos incluir en el cercos de ellas las tierras, prados y huertas que cultivaban los habitantes, con el fin de tener mas seguras sus heredades y encontrar en ellas lo necesario para el sustento de la vida. El ejemplo que todavía se encuentra de aquella sabia costumbre es Pekin, corte del imperio celeste,—la China,—conocida en la actualidad por los geógrafos como una de las poblaciones mas grandes del mundo.

III.

Semiramis, reina no muy generosa y de un valor impetuoso del helle esto, abrigaba en su corazon el deseo de conquistar para extender sus dominios, á semejanza de un hi drópico cuya sed se aumenta á medida que la satisface.—Estimada en su interior de la suerte desgraciada del príncipero Asir, llegó por fin éste á granjarse su íntima confianza; hermoso y galán, despertó en Semiramis una pasión amorosa que la condujo, según opinión de algunos historiadores, al menguado crimen de abreviar la vida de su marido Nino, de quien tuvo un hijo llamado Ninias, que por oscurerecto y con el intento político de reinar sola, le hizo criar entre mujeres quitándole la voluntad de gobernar por sí mismo.

Tomadas por Semiramis las riendas del imperio, dió tanto honor á su reinado, que mereció el sobre nombre de *heróica*, así por sus hazafas en la guerra, cuanto porque restituyó de amazona tanta éntel, la fuerza y el valor de un héroe.—Justino dice que muerto su esposo se vistió de hombre y se hizo respetar por el hijo de Nino; pero no es probable este aserto, porque siendo muy conocida no podia ocul-



tarse por mucho tiempo semejante artificio; además de que no tenía necesidad de él para reinar durante la menor edad de su hijo Ninias.

Conviene todos que la fisonomía de esta mujer célebre no era hermosa; muy lejos de esto, aseguran que tenía formas bastante desgraciadas, si bien su personal alto y genio amable cultivaba a los que de cerca tenían ocasión de contemplarla. — También dicen que la gustaba mucho vestir el traje de hombre para engañar a los extranjeros, y algunos adelantan su discurso a conceder a esta mujer singular la invención de los pantalones que empezaron a usar los orientales, cuya invención se generalizó después por las naciones con alguna variación respecto de lo ancho ó estrecho, adecuada a los climas ardientes y fríos, según el sol que los alumbraba y las costumbres de los diferentes países, pues como montaba á caballo con gran velocidad, tuvo precisión de inventar un ropaje que la cubriera y cubriese sus carnes por la pública honestidad.

Era mujer tan traviesa, que, una vez reconocida y acatada por sus vasallos como reina de Babilonia, elevó al grado general de sus tropas á su querido Asúr, y formando un crecido ejército emprendió grandes conquistas conduciendo ella misma las tropas al enemigo con impávida intrepidez.

Antes de emprender sus campañas, dicen que estaba revisando las numerosas tropas que militaban bajo su bandera; pero como empezase á llorar repentinamente, la cercaron al momento sus generales preguntándola impacientemente.

— Gran señora... ¿qué motivo puede contribuir en alina tan grande como la vuestra á una novedad semejante, capaz de eclipsar las pasadas glorias y de entibiar el entusiasmo de los guerreros?

— Lloro, les contestó, no porque sienta dejar las delicias de Ninive ni porque me arredre la muerte; bien sé que todo lo que nace muere. Lloro únicamente al contemplar que nosotros y esta grande reunión de hombres que estoy mirando, dentro de muy pocos años no existiremos.

Todavía sentía Semiramis que no se hubiese elevado la edad del hombre á mayor altura. Igual reflexion, hija del atrevimiento del poderoso que está persuadido no puede llegar su fin, se cuenta de Jerjes, rey de Persia, cuando revisó los tres millones de combatientes que venían á invadir la Grecia, y cuyo orgulloso poder fué pisado por un puñado de valientes mandados por Leonidas en el paso de las Termópilas.

Habiendo, pues, salido de Ninive la reina Semiramis al frente de sus tropas, conquistó en pocos años la Persia, el Egipto, la Libia, llevando la gloria de sus armas hasta mas allá del Indo y el Nilo. — La fortuna no obstante, vuelve la cara y apaga los fuegos de los que se creen invencibles por sus anteriores victorias. Esto lo comprendió bien la reina cuando tuvo una derrota que la obligó á repasar aceleradamente las aguas del Indo, y temerosa de que fuese adelante su desgracia se estuvo quieta algunos días, sin mover el campamento é imponiendo de este modo al enemigo. Ajustó por fin una paz honrosa en la que se señalaron los límites de sus estados, restituyéndose después á Ninive á dormir sobre los laureles y á gozar de las delicias de su posición de reina admirada por todos.

Como mujer astuta arengó á sus tropas inspirándolas confianza, y con una sonrisa vencedora les habló de esta manera:

— ¡Guerreros! — Estoy satisfecha de vuestro valor y de vuestras privaciones. Nada en el mundo sería capaz de conte-

ner el ímpetu de mis victoriosas armas, si el oráculo no me hubiese dicho que cese en las conquistas. La sombra de vuestro rey Nino se me apareció anoche en la oscuridad de una nube: él me ha revelado que regresemos á nuestra querida patria; y hé aquí, oh valientes! el precepto que es necesario cumplir sin averiguar mas el secreto.

— Bajo de tu mando, gran reina, le contestaron, iremos gustosos donde nos lleves sin preguntar y sin hacer otra cosa que obedecer sumisos la voz de *marchemos*.

En su genio emprendedor la pareció mas natural sentar el lujo ostentoso de su corte en Babilonia, ciudad que para ella tenía mas preferencia por haber sido la primera que se edificó, y porque en aquel suelo vió nacer su grandeza. — Como lo pensó, así lo hizo. — Púsose en marcha, y fijando su morada en Babilonia, determinó hacerla tan grande y tan hermosa que oscureciese á Ninive.

De su orden se emprendieron inmediatamente trabajos tan atrevidos, que fueron seguramente la admiración de los futuros siglos. — La magnificencia de sus jardines, suspendidos en el aire por medio de arcos que los sostenían, los soberbios edificios de su vasto palacio, la nueva muralla que levantó á la ciudad eterna en las escrituras, y las anchas calles atravesadas por líneas rectas, immortalizaron á esta mujer célebre hasta el punto de haber permanecido su nombre en las generaciones siguientes mas que sus obras, pues, aun cuando estas no existen ya, sabemos que fueron de Semiramis.

Edificada de nuevo Babilonia, dicen los historiadores que formaba un cerco de seis leguas de largo por cuatro de ancho. Los muros que tenían doce toesas de grueso y treinta de altura, estaban defendidos por torres un tercio mas altas y por un foso lleno de agua. Se entraba por cincuenta puertas de bronce que iban á parar á otras tantas calles. Las casas se hallaban separadas unas de otras por grandes jardines, y, á semejanza de Ninive, tenían por detrás tierras de labor en la dimensión necesaria para abastecer á los habitantes.

En el centro de la población había dos grandes palacios: el antiguo encerraba el templo de Val y la torre de Babel, de figura conica, cuya base y altura era de cien toesas (doscientas y treinta y tres varas castellanas) componiéndose esta de ocho torres puestas una sobre otra. El palacio nuevo ocupaba tres leguas alrededor, y estaba fortificado con tres cerros de muralla por el mismo estilo que el de la ciudad. — Edificando había crecido en Semiramis su pasión de edificar; y Lubiera hecho mucho mas, si tan pronto no se le hubiese cortado el hilo de la vida á los cuarenta y dos años de su reinado.

La muerte temprana de esta heroína se atribuye á la ambición desmesurada de su hijo, el afeminado Ninias, que valiéndose de manejos secretos hizo que en un festín envenenase á su madre con el zumo de yerbas. — Bien caro le costó después el crimen de parricida, porque los caudillos fronterizos, muerta Semiramis, invadieron el imperio quitándole lo mejor de sus estados y haciéndole sufrir por último el yugo pesado de los vencedores.

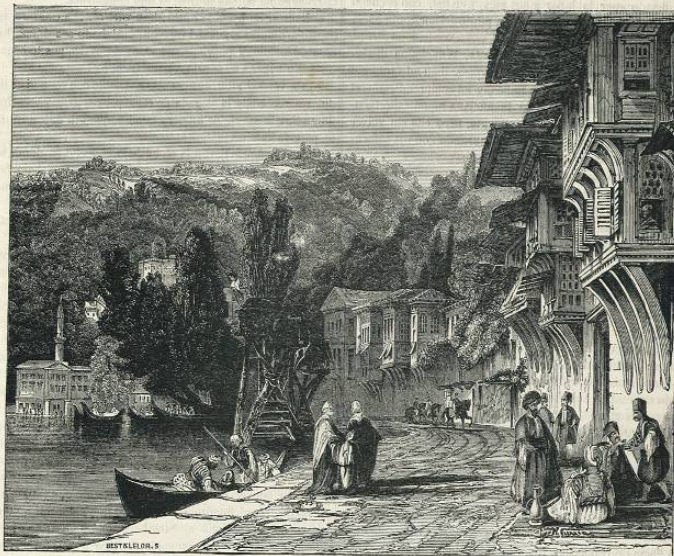
Los babilonios, acordándose de la felicidad y grandeza á que los había elevado Semiramis, mientras reinó, y siempre con su nombre en los labios, la erigieron estatuas adorándola como *Diosa*.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

#### BALBEK EN SIRIA.

La antigua Heliopolis tan célebre en la antigüedad por la belleza de sus templos y de sus riquezas, se halla reducida á la modesta vista de esta aldea que no ha conservado mas que el nombre ambicioso y la situación poética de la « ciudad del sol. » A principios del siglo XVIII el número de los habitantes de Balbek, casi todos cristianos y herreros, era de 5.000. En 1733, no era mas que de 2.000: Volney no contó mas que 1,200 almas, y la población está hoy reducida á unos 200 habitantes. Algunas cristianas árabes pro-

fesan allí su fé bajo la dirección de un obispo. Los demas habitantes son los Mutualis, descendientes de los otros sirios y convertidos al islamismo; no tienen industria ninguna, y no se hacen elogios de su probidad. La aldea es pobre, la mayor parte de las casas son de barro y de madera. El paseo que hay en el muelle, que consiste en una hermosa arboleda, no deja de tener algun carácter y belleza. Elegantes y lijeros botecillos animan la escena surcando las limpias aguas del riachuelo de Nadi-Nahlé, que despues de haber regado las ruinas y la aldea, se pierde en el Nahr-Kasmich.



Vista de la aldea de Balbek en Siria.

#### EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véase la p. 14.)

Magdalena estaba como petrificada.

— Qué dirá el señor baron, balbuceaba, un hombre tan fiero é impetuoso!

— Mi hermano no se opondrá seriamente á ese proyecto; ignora que lo estoy sirviendo de estorbo hace ya tiempo? no conoces que debe estar cansado de cuidar de una hermana de quien debe estar lejos por sus deberes y sus diversiones? Porque no de otro modo podemos interpretar su silencio y las pocas visitas que nos hace. A Enrique le gusta mucho la independencia; la responsabilidad de mi suerte se le va haciendo pesada... Si, créeme, consentiré sin escrupulo en

darme gusto. Si alguien debe volver á levantar la casa de Steinberg es él, y yo... como siga su brillante carrera, poco le importará que en un rincón del mundo se oculte bajo un nombre oscuro una mujer de su sangre. Si yo soy dichosa mi felicidad será la absolución de su conciencia.

Magdalena reflexionó un momento, despues menéó lentamente la cabeza, y fué á sentarse de nuevo en silencio.

Whillemina siguió con los ojos á su anciana criada, como deseosa de continuar aun la conversacion; pero al ver la sombría tristeza de la pobre Reutner, se calló, y apoyando un codo sobre una almohada, volvió á caer en una meditacion profunda.

No se oía otro ruido que los gemidos del viento sobre la plataforma; el cielo ceniciento, se iba ennegreciendo por instantes porque el sol descendía rápidamente hácia el occaso. La señorita de Steinberg dejaba errar tristemente su mirada sobre el melancólico paisaje que tenía debajo, cuando



distinguíó á la otra parte del Rhin un botecillo luchando trabajosamente contra la corriente.

Este botecillo, que no llevaba más que un solo remero, parecía dirigirse hacia el castillo.

Hombre y embarcación apenas se veían entre los vapores del río, que se alzaban al comenzar la noche. Sin embargo el pálido rostro de Whileimina enrojeció de pronto, sus ojos se animaron, y la costó trabajo el reprimir un grito de alegría. Volvióse hacia Magdalena como para comunicarle una buena noticia, pero la misma señora Reutner parecía absorta en aquel momento por una preocupación extraordinaria; había dejado caer la labor á sus pies, y en pie, con el cuello tendido, contemplaba fijamente un punto del horizonte hacia el mediodía.

Siguiendo la dirección de su mirada, Whileimina distinguió en los aires una bandada de aves que se iban adelantando lentamente por medio de las nubes, y no comprendiendo el atractivo que podía tener para la anciana aquel espectáculo, la llamó por su nombre suavemente, pero ella sin volver la cabeza, alzó la mano al cielo murmurando con voz sofocada y con una especie de terror religioso:

—Las cigüeñas! las cigüeñas!...

Whileimina conocía el carácter supersticioso de Magdalena, y como las cigüeñas figuraban en las armas de nobleza de su familia, supuso que su aparición tendría algo que ver con alguna de esas viejas leyendas que sabía de memoria la señora Reutner. La joven, alzándose de hombros, se puso á examinar de nuevo con interés el botecillo que atravesaba el Rhin.

—Si, son las cigüeñas, decía Magdalena con melancolía sin perder de vista las aves viajeras; llegan al mediodía y anuncian la vuelta de la primavera... El sitio en donde se detengan será bendito de Dios; bajo el techo que las dé asilo, entrará la abundancia y la alegría... Pero ya se han olvidado del castillo Steinberg, y pasan sin detenerse por estas miserables ruinas, abandonándolas á los cuervos y á los gatos monteses.

Gruesas lágrimas corrían por las mejillas de Magdalena en tanto que seguía con los ojos la marcha lenta de las aves, que atravesaban el sombrío cielo.

De repente lanzó un grito penetrante que hizo estremecer á Whileimina. La banda viajera, después de haberse cernido majestuosamente en los aires, por encima del Rhin, se dirigía hacia las ruinas del viejo castillo: bien luego llegaron á distinguirse claramente los blancos cuerpos de las cigüeñas con sus largas alas, sus patas rojas echadas hacia atrás, sus cuellos con plumas flotantes, graciosamente encorvados y sus picos de coral.

En su vuelo iban observando un orden regular. Cuando se encontraron sobre el Steinberg, parecieron titubear un instante, hasta que por fin dos de las más robustas se destacaron de la banda y descendieron rápidamente hacia la torre, en tanto que las otras, volviendo á emprender su viaje, se lanzaban de nuevo en el espacio impelidas hacia el norte por un viento tempestuoso.

## IV.

Este acontecimiento tan sencillo en sí mismo, había arrojado un grito á Magdalena; este grito salió solo, porque enseguida se volvió á poner atenta, observando con ansiedad los movimientos de las dos magníficas aves que parecía como que iban pedir la hospitalidad á Steinberg.

No esperó mucho tiempo; las cigüeñas se acercaron tanto

á la torre que sus alas rozaron la estrechidad de las almenas. Sin asustarse por la presencia de las mujeres, dieron los ó tres vueltas alrededor de la plataforma castañeteando con el pico, lo que según dicen es en las aves signo de alegría; y luego cayendo bruscamente, se pararon en un trozo de fábrica, entre la torrecilla y el torreón principal, á una corta distancia de la señorita de Steinberg.

No es posible formarse una idea del gozo que experimentó en aquel instante la señora Reutner. Su rostro resplandecía como si hubiera recobrado la juventud; adelantándose hacia su señorita, para no asustar á las aves viajeras, y estrechándola en sus brazos, la dijo conmovida:

—Nada se ha perdido aun... han vuelto!... Ya están en su puesto ordinario cerca del torreón... ¡Alabado sea Dios! La casa de Steinberg podrá prometerse buenos tiempos todavía.

—Whileimina se sonrió con melancolía.

—En verdad mi buena Reutner, la dijo con tono distraído, no veo como la llegada de esas polvres ave puede influir sobre la suerte de nuestra familia, que tan desesperada te parecía hace un instante.

—Las cigüeñas llevan la dicha bajo el techo en donde se detienen, y estas aves son en particular de un presagio favorable para los barones de Steinberg; ya os he dicho una porción de veces.

Una nueva sonrisa de incredulidad fué la sola respuesta de Whileimina.

—Desde tiempo inmemorial, continuó Magdalena entregada á sus recuerdos, después de un suceso que podría contaros si fuésetis menos incrédula, las cigüeñas se han establecido en el sitio en que las ves ahora. Siglos enteros han tenido ahí su nido de generación en generación, sin cambiar de puesto; su desaparición, fuera del tiempo de sus emigraciones anuales, ha sido siempre una señal precursora de desgracias para el Steinberg y sus habitantes. El castillo lo abandonaron en el año de 1793, época en que vuestro abuelo, coronel de un regimiento prusiano, hallándose aquí á causa de los sucesos de la guerra, quiso detener la marcha, delante del castillo, de un cuerpo de tropas francesas; las cigüeñas espantadas por el cañón, desaparecieron, abandonando así enteramente ese vallecillo que está ahí abajo, y que les servía en otro tiempo de punto de reunión para marcharse al finalizarse el sitio... El deplorable sitio de que os hablo ocasionó al Steinberg todo género de males. El castillo fué quemado en parte; vuestro abuelo hecho prisionero fué llevado á Francia en donde murió, y de sus cinco hijos, cuatro perecieron en diversas batallas; solo vuestro padre conservó la vida para casarse con la noble señora vuestra madre.

—Te confieso, Magdalena, que jamás me habría acordado de achacar los males de mi familia á las cigüeñas.

—No os burléis, señorita, repuso la buena anciana meneando la cabeza; vuestro abuelo no tenía por absurdas esas creencias, al contrario consideró como una gran desgracia la extraña desaparición de las cigüeñas del Steinberg... y el señor baron Enrique, vuestro hermano, ha preguntado muchas veces si habían vuelto á su sitio acostumbrado, durante su ausencia.

—Mi hermano es un poco jugador, Magdalena... y como tal debe ser supersticioso... Enhorabuena; quiero yo también tener algo de fé en ese presagio favorable; porque no he de abrir mi corazón á la esperanza, así como tú ábrás el tuyo? Si, quiero creer también, Magdalena, continuó exclamándose, quiero creer en la felicidad, cualquiera que sea ó mensajero que la anuncie: desco tanto ser dichosa!

Luego inclinándose sobre el pretil por encima de donde estaban las cigüeñas, añadió con un acento de melancolía infantil e ingenua:

—Bien venidos seas, genios familiares del hogar de mis padres, aliados protectores del Steinberg.

—Oh! Habels hecho bien de no renegar esas tradiciones, señorita, murmuró Magdalena; siglos enteros han durado en el seno de vuestra familia. Si en estos tiempos de incredulidad y de orgullo nadie quisiera creer en ellas, nosotras dos deberíamos respetarlas todavía; vos, la noble descendiente de los Steinberg, y yo, su pobre criada. Además, quizá esas pobres aves han presenciado los grandes acontecimientos de que han sido teatro estos lugares: quizá han recibido las caricias de vuestro abuelo, aquel buen señor Hermann...

—Puede ser cierto eso, Magdalena?

—Porqué no? Dicen que las cigüeñas tienen una vida mas larga que la vida humana... Pero, Dios nos proteja! continuó con precipitación; señorita, vuestros ojos son mejores que los míos: no veis nada alrededor del cuello de la que está mas cerca de nosotros?

—En efecto, replicó Whileimina sorprendida, parece un collar... es una tira de pergamino, una placa de plomo que lleva suspendida al cuello: qué maravilla!

—Y decidme, señorita, repuso Magdalena con una agitación que iba en aumento, no tiene una pata hinchada por el medio, como si se la hubiese partido y estuviese curada hace ya tiempo?

—Si, si, me parece que tiene un bulto como dices...

—Es el *hinkende* (el cojo!) exclamó Magdalena dando palmadas.

—Y quién es el *hinkende*, Magdalena?

—El baron Hermann puso ese nombre á una cigüeña, que, cuando era chica, al ir á probar la fuerza de sus alas, se cayó del nido al suelo y se rompió una pata. El baron, como había heredado de sus antepasados una gran veneración por esas aves, cuidó por sí mismo al *hinkende*, le sanó y luego le dejó libre... Muy joven era yo entonces, pero creo ver aun al *hinkende* siguiendo á vuestro abuelo por las torres y las murallas, acariciándole con su largo y sedoso cuello... Cuando la catástrofe de 93, el *hinkende* se marchó con las demás cigüeñas, y desde entonces no volvió mas... Cual ha sido el poder secreto que le ha detenido tan largo tiempo lejos de nosotros? Solo Dios lo sabe; pero creedme, señorita, su vuelta debe inspiraros ánimo y confianza.

—Si, sí, Magdalena, dijo la joven con una sonrisa á la vez irónica y alegre, tienes razon, deben cesar mis inquietudes... el cielo mismo se ha pronunciado en mi favor... será dichosa!...

—En nombre del cielo, señorita, explicadme lo que queréis decir vuestras palabras, preguntó Magdalena sorprendida.

—Bien luego lo sabrás... pero escucha... él es, Dios mio... él es.

Y al mismo tiempo resonaba en la escalera de la torre un ruido de pasos.

—Pero señorita...

—El es, te digo! repitió la joven lanzándose hacia la garita de piedra que protegía la escalera.

—Una forma esbelta y graciosa se dibujó en la sombra.

—Whileimina! gritó una voz varonil.

—Frantz!

Un hermoso joven se lanzó impetuosamente hacia la señorita de Steinberg, la tomó la mano y la llevó á sus labios

con un ardor superior á todas las consideraciones humanas. Whileimina retiró su mano ruborizándose, y después señalando á Magdalena, que se había quedado estupefacta con este transporte, le dijo á media voz:

—Frantz! Frantz! olvidáis que no sabe nada todavía?...

## Y.

Frantz era uno de los tipos mas bellos y completos de la juventud alemana. Delgado y vigoroso á la vez, estaba dotado de una imaginación llena de frescura y de una enérgica voluntad. Sus facciones, un poco pálidas, eran dulces y delicadas como las de una mujer; pero sus grandes ojos azules brillaban con un ardor enteramente varonil. Un ligero bigote rubio oscurecía su labio superior, y sus cabellos castaños flotaban en largos bucles sobre sus hombros.

Su traje no carecía de ese aspecto pintoresco tan á la moda entre los estudiantes de la universidad de Heidelberg y de todas las universidades de Alemania en general. Llevaba una levitilla de terciopelo negro abotonada sobre el pecho, una elegante gorrita de la misma tela, y un cinturón de charol que ajustaba su fino talle; pero en este modesto traje, Frantz conservaba un aire de nobleza y de dignidad que le hacía distinguirse de sus camaradas los fumadores y bebedores de cerveza.

Las palabras de Whileimina no habían podido amortiguar enteramente los impetuosos sentimientos de que se dejó llevar al volver á ver á la señorita de Steinberg. Sin embargo, se separó de ella dando un paso, y dirigiéndola una limpia mirada, la dijo con un acento penetrante:

—Es cierto; Whileimina... lo olvidó todo... solo vos llenais mi corazón y mis pensamientos, lo demas del mundo no existe para mí.

La joven se sonrió con orgullo; Frantz se volvió al fin hacia Magdalena para saludarla, cuando se oyó una especie de ruido sordo á la otra estrechidad de la plataforma: una gruesa cabeza cuadrada con un rostro barbudo se descubrió en la boca de la escalera...

(Se continuará.)

## RUBENS.

Pedro Pablo Rubens, este atleta de la escuela flamenco, nació en Colonia en 1577. Como la mayor parte de los grandes hombres, tuvo que luchar entre su inclinación y la carrera que quería imponerle su familia. Sin embargo Rubens triunfó en su empeño, y partió para Italia después de haber aprendido con Othon Van Veen los primeros rudimentos del arte. El duque de Mantua conociendo desde luego su raro mérito, le dió un aposento en su palacio; y allí fué donde Rubens hizo un estudio particular de las obras de Julio Romano. Los cuadros del Ticiano, de Pablo Veronés y del Toretto le llamaron á Venecia, donde adquirió su primer estudio. De allí pasó á Génova y luego vino á Paris llamado por Maria de Médicis para pintar su galería del palacio del Luxemburgo. Rubens desempeñó tambien varias comisiones diplomáticas que, juntas con su raro mérito, le proporcionaron honores y distinciones de las cortes de Inglaterra y de España. Colmado de bienes y de títulos se retiró á Amberes donde se casó con Elena Forment, muy célebre por su belleza, y en esa ciudad murió el 30 de mayo de 1640.



Rubens reunía en sí todas las cualidades que pueden hacer a un hombre recomendable. Su fisonomía y modales eran admirables, brillante su conversación, y la opulencia en que vivió siempre, le proporcionó grandes amistades. Como pintor tenía un genio igualmente dispuesto para todo lo que puede entrar en la composición de un cuadro. Inventaba fácilmente, y sí tenía que repetir varias veces un mismo asunto, su imaginación le suministraba al punto los medios necesarios para hacerlo. Sus actitudes son naturales y variadas, y sus cabezas de una rara belleza. Lo que más se admira en él es su inteligencia del claro-oscuro; porque na-



Rubens.

die supo como él introducir tanto brillo en sus cuadros, dándoles al mismo tiempo mas armonía, verdad y fuerza.

Su cuadro del *Descendimiento* es acaso la primera de sus obras maestras. El asunto tratado por Rubens ha ocupado también la imaginación de otros pintores célebres, reuniendo como reúne a su gran interés religioso, el gran interés de la historia, de la poesía y del sentimiento! Por eso cuentan las artes muchos cuadros capitales consagrados a este sublime asunto. Echemos una ojeada al *Descendimiento* de Rubens:

El pueblo que había presenciado la crucifixión del Salvador se va alejando; los verdugos se han retirado ya, y acaban de llegar los criados y los amigos del Cristo para enterarlo. Ya está desprendido el cuerpo: primero desclavaron los pies, y luego pasaron entre el Cristo y la Cruz un ancho lienzo, cogido de una punta por uno de los dos hombres subidos en lo alto de la cruz, que mientras se sujeta con sus dientes, se apoya con un brazo en el madero, y con el otro va desprendiendo al Cristo sobre su santo lienzo. San Juan con el cuerpo inclinado hacia atrás, un pie en el suelo y el otro en la escalera, recibe en sus brazos el cuerpo que cae sobre él con todo su peso, en tanto que la Magdalena de rodillas, sostiene la pierna izquierda del Cristo, para aligerar el peso que San Juan quizá no habría podido soportar largo tiempo. Otros dos personajes colocados sobre la escalera puesta en la otra parte del cuadro, sostienen la otra punta del santo lienzo para impedir que el cuerpo descienda con de-

masiada rapidez. Debajo de ellos, una de las santas mujeres, la Virgen vuelta en sí de su desmayo, se dispone a recibir el cuerpo en el caso de que se desprendiera rápidamente. Salomé lanza una mirada dolorosa sobre esa lúgubre escena, y por último otro personaje baja la escalera hacia atrás para ayudar a San Juan, y encarga a los hombres que se hallan en lo alto de la Cruz, que no abandonen el cuerpo ni el lienzo, hasta que él esté en tierra.

En esta hermosa composición reina una perfecta unidad: todos los actores toman en la acción una parte directa. Aunque se ve que el Cristo ha muerto, su cuerpo está flexible todavía; los miembros, la cabeza y el torso ceden a las leyes de la gravedad, y el conjunto de la figura toda es de un dibujo correcto sin afectación ni sequedad.

Muchos grandes pintores flamencos han copiado este célebre cuadro, que también ha sido multiplicado diferentes veces por medio del grabado.

## RUBENS.

(Véase la pág. 24.)



Rubens. Ruc.

FREMANN. G.

PIAUD. G.

El descendimiento de la Cruz.



## EL NIDO DE CIGÜEÑAS

POR

ELIAS BERTHET.

(Véase la pág. 21.)

— Ah! ah! dijo Frantz, con una alegría mezclada con un poco de desdén, el señor Fritz me ha perseguido hasta aquí?... En verdad, mi buena señora Reutner, vuestro hijo es bastante buen muchacho para hacer el papel de un perro arisco, dispuesto siempre á despedazar á los que pasan... No quería dejarme entrar, y tuve que empujarle y con fuerza... deseaba tanto llegar aquí!...

Y su amorosa mirada se fijó de nuevo en Whilelmina. — Terteife! murmuró una voz ronca en la escalera. En cuanto llegó Frantz, las facciones de la vieja Magdalena recobraron su expresión de tristeza acostumbrada. — Un perro! repitió, sí, el último criado de los Steinberg es como un perro fiel que guarda am la entrada de las ruinas... y que debe alejar de casa á todos los que quieran traer á ella los males.

Frantz hizo un ademán de extrañeza. — Me hablais á mi de ese modo, Magdalena? Con que no me deben permitir á mi la entrada en el castillo?

— No soy mas que una humilde criada... Aquellos que la señora de Steinberg quiera admitir en él, serán los bienvenidos, para mí para mi hijo.

— Y la señora de Steinberg, preguntó el joven con una graciosa sonrisa dirigida á Whilelmina, permitirá mi presencia en la torre?

— Frantz! dijo la joven en voz baja y con exaltación al mismo tiempo: Ah! quiera el cielo que no nos separáramos nunca un solo instante!

Magdalena les observaba en silencio. — Retirate, Fritz, le dijo al cabo con abatimiento; ni tú ni yo podemos impedir lo que Dios permite... Vuélvete á tu cuarto, pobre Fritz, y deja que se cumpla el destino... Si me habré adelantado demasiado á creer en los buenos presagios?

Un segundo terteife fué la respuesta; pero en el mismo instante la cabeza cuadrada y el rostro barbudo desaparecieron. Frantz, acostumbrado por su madre á la obediencia pasiva, y además poco razonador de suyo, se marchó sin hacer observación ninguna.

El joven estudiante y Whilelmina se le acordaban ya de la madre ni del hijo: con las manos entrelazadas, se miraban y se contemplaban estasiados.

— Frantz, Frantz, decía la joven en tono de reconvencción amorosa, cómo habeis estado un día entero sin venir á la torre?... Creí que estariais impaciente por...

— He tenido que cumplir un deber, amada Whilelmina, porque he querido poner á cubierto de todos los ataques al hombre generoso que ha satisfecho nuestros caros deseos. Ya se halla en seguridad en el extranjero... Nuestra dicha no hará la desgracia de nadie, y no volveremos á separarnos.

— Frantz, y si nos separasen? — Dónde hay poder en el mundo, Whilelmina, que pueda hoy separarme de ti? dijo el estudiante con energía, y estrechándola sobre su corazón; desafiaria al universo entero...

Magdalena se levantó como un fantasma delante de ambos jóvenes, que se alejaron rápidamente el uno de otro. El dolor, la piedad y la indignación se disputaban la expresión de la fisonomía de la señora Reutner.

— Sois la hija de los barones de Steinberg? dijo á Whilelmina con vehemencia: cómo la pura Whilelmina puede escuchar sin enrojecerse los dichos de un joven libertino de las escuelas?... Por respeto por vuestro nombre, señorita, y por vos misma, no me desgarréis el corazón mostrándome donde ha caído la heredera de una ilustre casa.

Ambos jóvenes permanecieron un momento cortados con el apóstrofe.

— Ya loveis, Frantz, como no habeis cumplido con vuestra promesa, y no habeis sabido callaros.

— Que sepa la verdad, repuso Frantz resueltamente, creí que no habrais podido ocultárselo durante tanto tiempo.

— Dios mio! todo el día he estado para confesárselo, pero no me he atrevido.

— Pero qué es lo que hay? preguntó Magdalena con acento trémulo.

El estudiante tomó una mano de la señorita de Steinberg y la llevó á sus labios, en tanto que con el otro brazo rodeaba el esbelto talle de la joven.

— Magdalena, dijo con nobleza, no os sorprendais ni os escandaliceis con esta dulce familiaridad... Puedo estrechar estas manos contra mis labios, y puedo reclamar esta alma como mía. Estamos casados desde hace algunas horas: Whilelmina es mi esposa.

La señora Reutner se quedó inmóvil y nada respondió; solo en sus ojos se conocía que había en ella tanta indignación como incredulidad.

— No creéis lo que os digo, repuso el estudiante; os parece imposible que haya sido burlada vuestra vigilancia hasta ese punto! Muy bien habeis dormido la noche pasada, Magdalena! y Fritz, nuestro perro de hace un instante, no ladró cuando le robaban el tesoro confiado á su guarda. En tanto que los dos estabais soñando, vuestra señorita se escapaba del castillo en medio de la noche; yo la esperaba en una barca al pié del Steinberg, con dos amigos, dos estudiantes como yo que debían servirme de testigos. Atravesamos el Rhin en silencio, en medio de la oscuridad... Qué como-vida y temborosa estabais, mi pobre Magdalena!... A la otra orilla del río, en la aldea de Seibach, nos esperaba un sacerdote en su modesta iglesia: Dios ha recibido nuestros juramentos, y así no tememos confesarlos delante de los hombres.

Esta relación debió haber disipado todas las dudas; sin embargo, Magdalena se volvió hacia Whilelmina, y la dijo: — Baronesa de Steinberg, solo á vos quiero creer... Es falso lo que acabo de oír, no es cierto? No habeis tenido la loca temeridad...

— Todo es cierto, replicó la joven con acento cándido. — Ese matrimonio no puede ser válido ni ante Dios ni ante los hombres, exclamó Magdalena; desgraciada criatura, habeis sido victima de alguna abominable picardía; os han querido engañar con un matrimonio fingido...

— No es fingido, señora Reutner; se ha efectuado segun todos los ritos del culto católico á que Whilelmina y yo pertenecemos. El sacerdote que nos ha unido así como los padrinos que han asistido á la ceremonia, podrán atestiguar su realidad, en el caso que fuere necesario.

Magdalena Reutner les miraba alternativamente con ojos estraviados.

— Decidme, exclamó con acento sombrío dirigiéndose al joven, qué mágicos hechizos habeis empleado para trastornar la razón á una criatura como esta? Sois el genio del mal encarnizado contra los descendientes de una grande familia? Tiene encima esta casa la maldición del cielo?... Casada!...

Casada con un oscuro estudiante, sin nombre sin nacimiento; ella, el vistago mas puro y hermoso de la antigua raza!

Frantz se sonrió con melancolía.

— A pesar de que deso lisonjear vuestros gustos, Magdalena, no puedo resignarme á pasar delante de mi encantadora Magdalena por un habitante del infierno; el hechizo de que me he valido ha sido un amor profundo y verdadero... Tengo tambien una familia, que debo olvidar porque ella me ha olvidado. Sin embargo, habeis de saber, añadio con un poco de altivez, que quizá puedo llevar un nombre tan ilustre y antiguo como el de Steinberg.

— Y cuál es ese nombre? preguntó vivamente Magdalena.

— Razones de la mas alta importancia me obligan á callarlo.

— Pero vos al ménos, señorita, continuó Magdalena dirigiéndose á la joven, debeis conocer ese nombre, porque estará escrito en el contrato de matrimonio, y debeis saber si es digno...

— Frantz quiso ocultármelo, y yo no he insistido por saberlo. Firmé la primera, sin hacer ninguna pregunta: Frantz es leal, y me quiere con toda su alma, Magdalena, qué mas necesitaba?

El estudiante estrechó en sus brazos á su cándida y tierna esposa para darle gracias por aquella absoluta confianza. Magdalena se quedó pensativa; la seguridad que le había dado Frantz de que era de sangre noble, habia ya modificado mucho los sentimientos de esta mujer estraña.

— No comprendo, dijo por fin, cuales son los motivos que se pueden tener para ocultar un nombre honrado... pero no le hace, revelando el secreto al señor baron, si la alianza es digna de su casa, perdonar á quizá...

— Desgraciadamente, Magdalena, no podré valerme de ese recurso para apaciguar al baron de Steinberg, porque ni él ni nadie en el mundo lo sabrán; he hecho un voto sobre esto, y tengo que cumplir mi juramento. El señor baron tendrá que resignarse á ver en mí al estudiante Frantz y nada mas.

— Y qué haréis si no se resigna, imprudente joven? Al baron le ciega la cólera cuando se incomoda...

— Mayores peligros que esos he arrostrado por casarme con mi querida Whilelmina; pero que vengan á pedirme cuentas los que quieren: los desafío á todos.

— ¿Cómo habeis podido ignorar el riesgo que corrais al contraer ese funesto lazo?

— Lo sabiamos, mi buena Magdalena, replicó Whilelmina con una angélica sonrisa; por mi parte dije á Frantz lo temible que era el altanero carácter de mi hermano, y tampoco él me ocultó que tendria que arrostrar los furores de una familia poderosa de la que se halla separado para siempre. Pero no nos han detenido estos temores: no quisimos oír la voz de la razón, ni tuvimos presente otra cosa mas que nuestro amor. Pusimos todo nuestro conato en vencer las dificultades que se presentaban, y ningún poder humano habria sido bastante para servir de obstáculo á una union tan deseada. Por esta razon no quise fiarme en ti, querida Magdalena: temia tu austeridad, tu firmeza, tu ardiente celo por mi felicidad, y aun en el día, si he cometido una falta al entregarme á Frantz, no me arrepiento de ello; estoy resignada á soportar todas las consecuencias de mi conducta, y aun cuando debiese morir, moriría por mi querido esposo.

— Y yo, dulce Whilelmina, repuso el joven con un acento apasionado, yo te defenderia mientras me quedase un soplo de vida. Tú eres para mí la patria, la familia, el uni-

verso todo. Si debemos sucumbir en la lucha, sucumbiremos juntos. Nuestras almas se volverán á hallar en un mundo mejor.

Magdalena contemplaba á ambos jóvenes con una involuntaria admiración. Whilelmina habia dado el brazo á su esposo, y con la cabeza inclinada sobre sus hombros escuchaba avidamente sus palabras. El estudiante en pié, en actitud altanera, con el rostro resplandeciente de alegría, y una mano alzada al cielo en señal de desafío, hablaba dominado por un ardiente entusiasmo.

Frantz le llevaba á Whilelmina en estatura, toda la cabeza. La hermosa joven parecia apoyarse en él como sobre un protector: sus cabellos se confundian al soplo de la brisa de la tarde, y la oscuridad que comenzaba ya á esparsirse en torno de ellos, apenas dejaba entrever sus graciosos perfiles. Habriase dicho: que era una céleste aparición rozando con sus ligeros piés la cúspide de aquella torre aérea, y dispuesta á volverse á las nubes de donde habia salido.

VL

Magdalena, cuya imaginación tenia una tendencia declarada á lo maravilloso, al contemplar á los jóvenes esposos, no pudo ménos de experimentar una admiración mezclada de ternura.

— Son tan hermosos como los amantes de nuestras antiguas leyendas; murmuró suspirando, y con lágrimas en los ojos; parecen hechos el uno para el otro... parecen las almas de Berta de Steinberg, la virgen de los ojos puros, y de Carlos de Stoffensels, llamado el bonito escudero!... Pero que recuerdo tan terrible acabo de despertar ahora, añadio Magdalena con cierta especie de terror; el baron Manuel para castigar aquel amor les condenó á morir de hambre en ese horrible subterráneo que aun en el día existe debajo de nosotros y que las crónicas designan con el nombre de Camino de la fuga y de Pobres criaturas! Dios os preserve de la suerte de Carlos y de Berta!

Whilelmina no comprendió el sentido de estas palabras, pero Magdalena lloraba y la tendia los brazos, y la joven se arrojó á su cuello.

— Me quieres todavía, mi buena Magdalena? exclamó transportada; me perdonas que te haya ocultado mis proyectos? que me haya desconfiado de ti?

— Nada tengo que perdonaros, noble señorita; quien soy yo para atreverme á reconveniros? Pero hay otra persona...

— No me hables de mi hermano en este instante, interrumpió Whilelmina con una viveza encantadora poniendo uno de sus lindos dedos en la boca de la criada; deja que me entregue enteramente á la felicidad de estar al lado de Frantz, y junto á ti. Porque nos asustamos tanto de un peligro, en el día tan lejano?... Tengamos esperanzas, querida Magdalena; has olvidado ya, añadio sonriendo, el favorable presagio que creiste hallar en la vuelta de las cigüeñas?

Whilelmina tomó á Frantz de la mano, le condujo hasta el perfil y le mostró los dos aves dormidas; luego con una malicia bien disimulada para no incomodar á la buena Reutner, explicó al joven estudiante la importancia que daba Magdalena á aquella vuelta inesperada. Frantz se sonrió á su vez, aunque con tristeza.

— Whilelmina, le respondió, prefiero una creencia poética y graciosa á la seca y fria realidad; además, porque hemos de negar ciegamente todo lo que no podemos com-



prender?... La creencia de la señora Reutner será sin duda relativa á alguno de esos antiguos recuerdos de que tiene la memoria llena...

— Magdalena, añadió en tono afectuoso, la noche está preciosa, no hace viento, contados, porque son las cigüeñas las aves protectoras de los barones de Steinberg; ya sabéis que me gustan mucho esas sencillas narraciones de los pasados tiempos.

Las austeras facciones de la anciana, resplandecieron de gozo súbitamente.

— De ese modo habeis burlado la vigilancia de una pobre anciana á quien le gusta hablar de lo pasado! dijo suspirando; pero no le hace, voy á daros gusto. Ademas, debe importaros mucho el saber las tradiciones de la familia en que acabais de entrar.

Franz y Whilemina que hallaban una buena ocasion cuando Magdalena contaba estos cuentos, para acercarse mas el uno al otro y para contemplarse en silencio, se sentaron en frente de la señora Reutner. Ambos callaban pero sus manos se entrelazaban, y sus miradas se buscaban en la sombra.

Era ya totalmente de noche, y sin embargo, las nubes que se entrecubrian de trecho en trecho, dejaban ver algunas partes del cielo sembrado de estrellas. Por entre las almeas se descubria el Rhin como en el fondo de un abismo, presentando en aquel momento una superficie apenas empañada por ligeros vapores. El mas profundo silencio reinaba en aquellos contornos; solo resonaban de cuando en cuando los chirridos de las aves nocturnas ocultas en las hendiduras y huecos de las ruinas.

— En tiempo del emperador Barbarroja, dijo Magdalena con acento grave, vivia aquí el buen señor Roberto de Steinberg, cuya estatua de piedra, aunque mutilada y hecha pedazos, se puede ver aun en el antiguo patio de honor del castillo... El baron Roberto era un valiente caballero, muy amante de la justicia; nunca estaba en guerra con sus vecinos, sino cuando éstos le hacian alguna injuria á él ó á sus vasallos. En este caso montaba á caballo, y seguido de sus gentes, se vengaba con su espada y su lanza; quemaba y saqueaba cuanto hallaba al paso, y daba el botin á las iglesias, que le tenian por un hombre prudente y temeroso del Señor. Sus enemigos le tenian miedo y todos los suyos le querian. Los barones de Stoffensels, señores de un desmantelado castillo situado en frente del Steinberg, no se atrevian á atacarle aunque lo desechaban de todas veras.

» A Roberto le gustaba mucho la caza con halcon, de donde le habian dado el nombre de *Pajarero*, como á un emperador antiguo. Cazaba en todas estaciones, y por nada en el mundo habria dejado de satisfacer esta pasion dominante. A veces salia únicamente con su halconero y recorría á caballo una gran parte de la comarca, lo que era algo arriesgado, porque habia á la sazón encarnizadas guerras, y todo estaba infestado de malhechores.

» Un día el buen caballero salió como de costumbre con su halconero y un par de perros para levantar la caza. Su esposa la noble Margarita que le adoraba, quiso que no saliera porque el señor de Stoffensels, furioso con sus derrotas precedentes, habia dicho que se aprovecharia de la ausencia del baron para sorprender el Steinberg; pero Roberto se echó á reir de los temores de su esposa, y salió diciendo que volvería al otro día, dejando encomendada la guarda del castillo á su viejo senescal que tenia una buena guarnición á sus órdenes.

» El baron y su halconero corrieron juntos todo el día, aunque sin encontrar una sola pieza de caza. Toda la comarca estaba asolada por los ejércitos de bandidos que en ella circulaban; los árboles habian sido arrancados de raíz, y las casas quemadas; en una palabra toda era soledad y ruinas, y las aves, lo mismo que los hombres, habian huído de aquella tierra de maldicion. Sin embargo, la noche se acercaba, y los cazadores, muertos de hambre, deseaban hallar un agujero donde poder cenar y acostarse.

» — Por los tres reyes de Colonia! halconero, dijo Roberto á su camarada, ya ha llegado el momento de mostrar tu destreza... en ese pantano debe de haber gallinetas, garzas ó bécadas... prepara tus halcones, mientras envío yo los perros á la descubierta entre las cañas... Vamos á tener que cenar sin duda alguna.

» — Así sea, señor, repuso el halconero.

» Y al decir esto se preparó á echar los pájaros que llevaba en los puños.

» Los perros, bien amaestrados, resolvieron inútilmente por todas partes, y ya los cazadores principiaron á creer que sus esfuerzos eran vanos, cuando de repente echó á volar una cigüeña haciendo mucho ruido. El halconero lanzó sus pájaros en los aires, animándolos con la voz y los ademanes.

» Pero el buen caballero veneraba mucho las cigüeñas por sus buenos instintos y pacíficas costumbres. Al ver á aquella perseguida por los halcones, dijo á su servidor:

» — Llama los halcones, compañeros; porque no permitiré que maten á esa inocente criatura.

» — Pero entonces, cómo cenaremos?

» — Nos pasaremos sin cenar... nos traeria alguna desgracia, que una pobre cigüeña fuese desgarrada por esos sanguinarios pájaros.

» Los halcones no me oyen, están encarnizados sobre su presa, y no quieren obedecerme.

» — Espera, dijo el baron.

» Y al decir esto tomó un arco que llevaba colgado de la silla, y como era muy diestro en la puntería, los halcones cayeron atravesados de dos flechas en el momento en que ya iban á alcanzar á la pobre cigüeña. Esta continuó su vuelo, subió en los aires y desapareció.

» El halconero se quedó muy descontento cuando supo que su amo habia muerto los dos mejores pájaros del Steinberg. Sin embargo, no dijo nada, y como no habia donde guarecerse en las cercanias, los dos cazadores, despues de haber recitado sus oraciones, se envolvieron en sus capas, y se echaron á los pies de un árbol.

» En medio de la noche, Roberto soñó que tenia delante la cigüeña á quien habia salvado la vida, reconociéndola en una pluma negra que tenia sobre la cabeza, que por lo regular no tienen estas aves, porque sus cabezas son blancas como la nieve. La cigüeña dijo al buen caballero:

» — Roberto te agradezco lo que has hecho por mí; me has libertado de las garras de tus halcones, y por ello seré recompensado. Levántate, empuña tu espada, y mata á tu infame halconero, que ha recibido dinero del baron de Stoffensels para asesinarte. Despues montarás á caballo y te volverás al instante al Steinberg, donde te necesitan... No olvides ofrecer una lámpara de plata á la Virgen en accion de gracias... Adios, siempre velaré sobre ti y sobre tu raza.

» El baron medio se despertó, dudando si ese sueño era una revelacion del cielo, ó el fruto de su imaginacion. Aun se hallaba en ese estado de entorpecimiento, cuando sintió una mano furtiva que le iba sacando pausadamente su espada, que habia puesto á su lado ántes de dormirse.

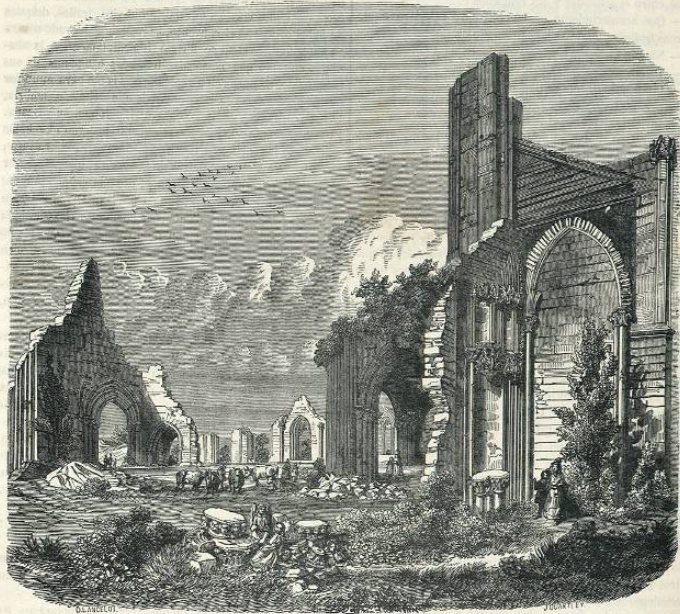
Entonces abrió los ojos con precaucion, y vió al traidor halconero delante de él preparándose para degollarle. Roberto, reconociendo entonces que la cigüeña habia dicho la verdad, se levantó bruscamente, cogió su espada y atravesó con ella á aquel tuneco, luego le registró, y halló en efecto las pruebas del crimen de que le habia acusado la cigüeña:

» Sin volver á pensar en el cuerpo de aquel malvado, Roberto ensilló su caballo, montó en él y se dirigió apresuradamente al Steinberg. Llegó al rayar el alba, y se quedó sorprendido en estremo cuando vió los alrededores del castillo cubiertos de soldados muertos y ensangrentados. Al mismo tiempo oyó que proferian agudos gritos, y todos los vasallos

del castillo salieron á recibirle precedidos de su capitán el viejo senescal, y de la baronesa Margarita.

» Bien venido seas, mi buen señor, dijo la baronesa, arrojándose en sus brazos; sin la divina Providencia, no os hubiéramos vuelto á ver nunca. Los Stoffensels han intentado esta noche asaltar el castillo; todo dormía aqui, y acaso nos hubieran sorprendido, cuando vino una cigüeña á dar picotazos en las vidrieras donde dormía el senescal; éste despertando con el ruido, se levantó, miró al patio, y vió al enemigo escalando ya las fortificaciones: enseguida lanzó el grito de alarma, nuestras gentes acudieron, y ya veis la carnicería que han hecho en el enemigo. (Se continuará.)

## RUINAS DE SAN EVROULT.



El fundador del antiguo monasterio cuyas últimas ruinas se ven en nuestro grabado, se llamaba Ebr-Hulf, nombre de origen germano que significa «supremo socorro, superior apoyo.» En latín se tradujo por la palabra *Ebrulfus*, y en lengua moderna por Evroul y despues por Evroult.

Ebr-Hulf, ó para emplear sonidos menos duros al oído, Evroult, nació en 517, de padres cristianos y ricos. Siguió los cursos de la escuela episcopal de Bayeux, y estudió las siete ciencias que entonces se estudiaban: gramática, aritmética, geometría, retórica, dialéctica, astronomía y música. Cuando tuvo edad para llevar las armas entró en los leudes del palacio de Kloter, donde permaneció hasta que este rey se hizo el único soberano de las cuatro tribus me-

rovingeas acantonadas en las Galias. En esta época, Evroult era muy poderoso y rico; poseía numerosos castillos y se habia casado. De repente tomó la resolution de renunciar al mundo, y en efecto, devolvió su mujer á la familia que se la habia dado, repartió sus bienes entre los pobres, y se hizo fraile! Tenia entonces cuarenta y tres años.

Primeramente se encerró en el monasterio de los dos Gemelos, situado á poca distancia de Bayeux; pero no permaneció allí sino muy corto tiempo: en 560, se fué con otros tres monjes á fundar en la soledad otro monasterio.

Estos cuatro religiosos se dirigieron hacia el bosque de Ouches siguiendo la vía romana de Aragenus (Argentan). Era ese un inmenso y magnífico bosque cuyos restos, que



también han tomado el nombre del santo, no pueden dar idea ninguna de lo que fueron. En aquel tiempo servía de guarida no sólo á las cuadrillas de lobos que atacaban en invierno á las aldeas próximas, sino á bandas de malhechores mas temibles aun, mandados por antiguos soldados que habian desertado de sus filas, y vivian únicamente de rapiñas. Los cuatro religiosos entraron sin temor en el bosque, y visitándole en todos sentidos, se detuvieron en una plazuela cerca de un hermoso estanque, alimentado por varios manantiales de agua viva, en cuyo sitio resolvieron fijar su residencia. Al consagrar este proyecto por medio de la oración, cuentan que se les presentó de repente un salteador armado de pies á cabeza, y segun un discípulo de Evroult hé aqui poco mas ó menos el diálogo que se entabló entre el salteador y los religiosos:

— Qué acontecimiento os ha obligado á refugiarnos aqui, buenos frailes?

— Ninguno.

— Teméis alguna calamidad?

— Ignoramos lo que se llama miedo.

— Tenéis el afán de la conquista? Acaso os gusta el bosque para vivir en él?

— No somos soldados; somos hombres de Dios, hijo mio.

— Y qué vais á hacer pues?

— Haremos oración y lloraremos.

— Pues para eso habeis escogido un sitio muy malo, porque aqui vivimos algunas cuadrillas de hombres fuera de la ley, poco arrepentidos y poco cristianos que nos entristeceriamos con vuestras lágrimas y que podriamos enojarnos con vuestras penitencias. Ninguno de nosotros consentirá en que os quedéis en este bosque. Seguid los buenos consejos de un hombre que quisiera ser de los vuestros, si no fuera lo que es: volved á donde estabais, y muy pronto, porque si os deteneis podría suceder que os arrojasemos de otro modo.

— Hijo mio, respondió Evroult con acento suave y acercándose á él, la mirada de Nuestro Señor no se aparta jamas de aquellos que siguen su ley y veneran su nombre.

— Pero os vais á morir de hambre en estos sitios, repuso el bandido algo cortado. Toda la tierra está inculta: aislados y perdidos como lo estáis, y sin relaciones exteriores, iriais pereciendo uno por uno: ¿qué sacaréis jamas de este árido desierto?

— Nada temas, hijo mio, dijo Evroult; la fe nos dará espléndidos banquetes. Ven á sentarte con nosotros á la mesa del Señor, un día, uno solo, y nunca volverás á separarte de nosotros.

El soldado se dejó persuadir por la elocuencia del santo, y ayudó á los religiosos á construirles un abrigo. Bien luego otros bandidos se reunieron á ellos, y el rumor de este acontecimiento se esparció por fuera de aquel bosque. Los duques, los condes francos, los obispos y los comerciantes, enviaron á Evroult socorros, víveres y obreros, porque ademas de los motivos religiosos, habia un poderoso interés en fomentar una fundación que debia contribuir á libertar el bosque de sus temidos y terribles huéspedes. La abundancia de los medios de existencia de que pudo disponer Evroult al cabo de poco tiempo, atrajo á él una multitud de discípulos pobres, así como de mendigos y malhechores; al fin pudo construirse un monasterio, y todos los días llegaban á sus puertas rebaños de ganado y caballerías cargadas de pan y vino. Y no solo los hombres aislados iban á pedir á Evroult asilo y protección, sino que familias enteras llamaban á la puerta del monasterio, tanto que creciendo de día en día los aspirantes á la vida monástica, Evroult

se vió obligado, en el espacio de veinte y dos años, á construir otros quince monasterios entre los que habia conventos de mujeres.

Las personas que se consagraban así de repente á la vida monástica no siempre perseveraban en su piadosa resolución. Algunas veces echaban de menos el mundo, decian que la regla era muy severa y se sublevaban contra ella. Los historiadores citan una rebelion de este género, de la cual salió triunfante Evroult en 589, por la sola fuerza de su carácter y de su palabra; las tradiciones añaden á estas causas la influencia y el adorno de algunos milagros. Evroult, despues que vivia acompañado de tan crecido número de gente, tenia la costumbre de retirarse de cuando en cuando á una pequeña gruta algo lejana, al lado de una fuente y bajo una colina cubierta de árboles. Un día uno de sus mas fieles discípulos corrió á advertirle que los frailes, despues de haber saqueado el convento, se habian sublevado contra su autoridad. Evroult se dirigió inmediatamente á la abadía, y en tanto que marchaba todas las campanas de sus monasterios se pusieron á repicar solas como para anunciar que se acercaba. A la estremidad de una arboleda sombría, Evroult distinguió en la sombra una persona emboscada. Era un hombre? ó era acaso el espíritu maligno que habia fomentado la rebelion? Evroult se adelanta, la sombra huye; Evroult aprieta el paso detrás de la sombra, que al llegar al sitio que hoy se llama Echaffour, desaparece arrojándose de un brinco en un horno lleno de ascuas. Evroult cierra la puerta del horno, y dice á las horneras: «No abrais la puerta; poned á cocer el pan aqui delante.» La puerta no se abrió sino al cabo de muchos despues, y solo se encontró en el horno un monton de cenizas. Entretanto Evroult apaciguó la rebelion de las monjes; solo dos opusieron alguna resistencia, pero el santo se arrojó y se puso á orar llorando, y ambos insurrectos cayeron muertos al suelo.

La tradicion nos cuenta otro milagro, mas inocente y mas poético. Un día supo Evroult que el racionero no habia querido dar un pedazo de pan á un pobre prestando que apenas tenia lo suficiente para que comieran los novicios. Inmediatamente Evroult envia al racionero cargado de pan, en busca del pobre; el religioso le ve y le grita: «Nuestro abad te envia esta limosna.» El pobre hambriento se de tiene, y á fin de comer con mas comodidad planta su palo en la tierra: al instante del pié de este palo salta un manantial, que, algunos instantes despues se convierte en una hermosa fuente.

Tal es el maravilloso origen de la abadía de San Evroult. La historia de su ruina ofrece menos interés.

Evroult murió en 593 á la edad de ochenta años. Sus sucesores no han dejado en las crónicas ninguna huella notable.

Hacia el siglo IX, los monjes fueron reemplazados por canónigos.

En 944, durante la guerra de Luis de Ultra Mar y Hugo el Grande, dos jefes de tropas galo-francas, saquearon y devastaron enteramente la abadía de San Evroult, y arrojaron de ella á los canónigos. Los muros abandonados se desplomaron.

San Evroult fué reconstruido de nuevo por los años de 1050. Se cuenta, que por esta época, habiendo notado un pastor que uno de sus toros desaparecia en una parte inexplorada del bosque y que permanecia alli dias enteros, siguió una vez sus huellas por los matorrales, y halló al animal echado en medio de las ruinas de una iglesia, al pié de un altar. Entónces se dijo que esas ruinas eran las de la abadía de

San Evroult, pero este juicio era equivocado, pues eran las de la Iglesia de Nuestra Señora del Bosque construida en otros tiempos por la reina Falleuse. Este descubrimiento inspiró al señor de Echaffour el deseo de volver á construir la abadía, y en efecto en 1099 se consagró la iglesia y las nuevas construcciones. En los siglos XIV y XV la aladía fué saqueada y devastada de nuevo diferentes veces, mas en los siglos siguientes no sufrió otros trastornos que los puramente relijiosos, cambiando de regla por tres veces. A fines del siglo XVIII era aun uno de los principales monasterios de la Normandia. Cuando los relijiosos, en tiempo de la Convencion, la abandonaron, parece que se habia resuelto destruir la iglesia; pero una horrorosa tempestad destruyó una noche una gran parte del edificio, que habia sido restaurado y reedificado á fines del siglo XVI. La torre, de cien piés de altura, arrastró en su caída las bóvedas y los arcos superiores, y cada cual se apoderó de una parte de las ruinas.

«Nada de lo pasado subsiste ya, dice el autor del departamento del Orne arqueológico y pintoresco, nada mas que el recuerdo de las maravillosas curas operadas por las aguas de la fuente de San Evroult. El milagro que presidió al nacimiento de esta fuente bendita ha permanecido siendo popular... En el fondo de un estrecho valle corre el Charentonne bajando de cinco ó seis terraplenes que se levantan por detras de su nacimiento y le suministran las aguas. En la cuspide de las colinas, el antiguo bosque entrega su desmelenada cabellera á los furiosos de los vientos. No se ven mas que grupos de raquíticos árboles, juncos, matorrales, zarzas, en fin, una naturaleza pobre y escasa que carece de tierra vegetal para crecer y desarrollarse. En un rincón del paisaje, oculto por una ondulacion del terreno, se halla la fuente de San Evroult: una capilla rústica baña sus piés en el agua saludable... La aldea de San Evroult situada al pié del monasterio, no conserva otras señales que algunos paredones desmantelados. Bajo esas ruinas duermen aun confundidos los señores mas grandes de la Normandia: los Grentmenil, los Giroie y los Montpinzon, al lado de Meinier, abad del siglo XI.»

#### EL PADRE Y SUS TRES HIJAS.

No todas las leyendas populares de la Alemania consisten en supersticiosas fantasias; muchas veces pueden considerarse como parábolas destinadas á poner en acción ciertas verdades morales. La que ponemos á continuación pertenece á esta última categoría, teniendo por objeto que jamas puede resultar el bien del mal, y que el padre que sacrifica la justicia y la humanidad en interés de sus hijos, tarde ó temprano, su iniquidad es la causa de su pérdida. Este tema, que varia en cuanto á los detalles, pero cuyo simbólico sentido no varia nunca, ha sido desarrollado con mucha gracia por Uhland en la version poética que sigue.

Tres jóvenes contemplaban un profundo valle: su padre vino á caballo y vestido de acero.

— Bien venido seas padre mio: ¿qué es lo que nos traes?

— Hija mia, la del vestido amarillo, me he acordado de tí: como te gustan tanto los adornos te traigo esta cadena de oro; se la he quitado á un arrogante caballero á quien he muerto.

La joven tomó la cadena, bajó al valle y halló al caballero á quien su padre habia muerto.

Estás tendido en el suelo, como un salteador de camino,

ó noble caballero! le dijo; pero te amo: y dicho esto, le tomó en brazos, le llevó á la iglesia, y lo colocó en la tumba de sus antepasados. Enseguida, rodeó su cuello con la cadena, hasta que cayó sin vida.

Dos jóvenes contemplaban un profundo valle. Su padre vino á caballo y vestido de acero:

— En buen hora vengas, padre, que es lo que nos traes?  
— Hija mia, la del vestido verde, me he acordado de tí; como la caza es tu deleite, te traigo este dardo que he arrancado al feroz cazador; á quien he muerto.

La joven cogió el dardo y se internó en la selva. Su grito de caza era Morir! Al llegar junto al cazador le dijo:

He venido hasta este tío, porque mi corazón me llama aquí. Y al decir esto se atravesó con su dardo, de manera que ambos descansaron juntos.

Las aves del cielo cantaron sobre entrambos, y el verde follaje cubrió sus cadáveres.

Una joven contemplaba un profundo valle. Su padre vino á caballo, vestido de acero.

— En buen hora vengas, padre, en vengas, que es lo que traes á tu hija?

— Hija mia la del traje blanco, hoy he pensado en tí, las flores son tu deleite, y te traigo una mas pura y mas preciosa que el oro. Se la he quitado al jardinero, que me la rehusaba y á quien he dado muerte.

La joven tomó la flor, se la prendió en el pecho, bajó al jardín donde estaba ántes su felicidad y se sentó sobre la colina adornada de azucenas, diciendo:

— Oh! Si pudiera yo limitar á mis queridas hermanas. Pero ay de mí! Las flores no dan la muerte. Dicho esto, se puso á contemplar la flor que su padre la habia dado, hasta que la vió marchitarse, y hasta que ella misma se inclinó marchita sobre la tierra.

#### EL ÉSTASIS.

Una sublime naturaleza, el silencio y la soledad, son tres caminos que llevan á Dios. Cuando los encuentro en el campo reunidos, lo mismo que un pobre que halla una brisa propicia para probar sus fuerzas, así trata mi alma de elevarse al Eterno en las alas de la oración. Un hermoso paisaje y una fresca mañana me devuelven las virtudes ingenuas que constituyen el principal adorno de la infancia; la calma que me rodea se desliza en mi seno: es un lago tranquilo que no está manchado con el fango, que ningun viento agita, y que refleja en su superficie la paz de la tierra y la pureza del cielo. No experimento un deseo que no pueda confesar en alta voz, mi pensamiento se mece en dulces esperanzas; creo esplidos mis pecados por los dolores, y mi invocacion principiada en la tierra con espanto, se termina á los piés del Ser Supremo, en medio de la confianza en su bondad.

Paréceme que habito en un mundo mejor, al abrigo de los malvados que nos engañan y de las pasiones que nos estravian, donde no hay mas camino que el del bien, por el cual marchó con seguro paso. Entónces esclamo dirigiéndome á Dios: « Gracias te doy porque me has sacado del imperio del mal. Nunca volveré á desafiarte las iras de tu ley, y en adelante viviré sin temer las emboscadas de mi corazón. Gloria á tí, Señor, Gloria á tí! »

Mas al grito que lanza un gavilan cerniéndose en los aires, al murmullo del agua que pasa, ó del viento que se despierta, ese magnífico sueño resplandeciente de alegría se apaga y se disipa; y ese éstasis sublime, que en su piadoso vuelo se elevaba mi alma, me deja caer del cielo en un mundo manchado por el vicio y el crimen.

PETIT SENN.



## LA COSECHA EN LA CAMPIÑA DE ROMA

El cuadro de M. Rodolfo Lehmann representa una campesina demasiado poética; en la realidad, dicen que las aechadoras son otra cosa. Las pobres muchachas que bajan todos los años con sus hermanos y sus futuros esposos de las montañas, para trabajar en la cosecha de la campiña de Roma, lo hacen por un módico salario y sin alegría, espo-



La Aechadora por M. R. LEHMANN.

de cansancio y abrasada de sed, detiene algún tantoso marcha, la vara que se levanta amenazante, ó un brazo brutal, la hacen entrar de nuevo en las filas. Un triste silencio reina en esa muchedumbre laboriosa; no se oye mas que el ruid del hierro que corta y de la espiga que cae al suelo; las guadañas y las hoces brillan al sol como bruñidas armas, y para acabar esta comparación demasiado fiel, la muerte se cierne encima de los segadores, y no todos responden por la noche cuando pasan lista, antes de retirarse á sus tiendas de campaña. Sometidos á pesados trabajos, pasando en pocos días y sin transición del clima templado y del aire puro de

niéndose á las dañinas calenturas que reinan siempre en aquellos contornos. Estas pandillas de segadores de la campiña de Roma, cuyo número asciende á 30 ó 40,000, tienen una organización parecida en un todo á la de los ejércitos. En esas inmensas llanuras se ven cuadrillas de ocho á nueve mil personas, formadas en una misma línea, marchando lentamente, bajo el mando de los *caporali*, que van armados con unas varas de las que hacen el mismo uso que los sargentos austriacos. Cuando una pobre muchacha muerta

de sus montañas, al de una llanura ardiente, llena de pestilentos miasmas, muchos desgraciados contraen calenturas mortales. El tiempo de la cosecha es el mas peligroso en aquellos lugares; entonces la mortandad suele ser tan terrible que hay ocasiones en que llevan por la noche á los hospitales diez ó doce víctimas diarias.

Y sin embargo esa campiña de Roma que los pintores representan comunmente árida y desolada es de una fecundidad admirable; ella sola alimenta mas de la mitad de la Italia, y ademas se evalúa en cinco ó siete millones el producto de sus exportaciones en granos y animales.

## MONUMENTOS DE LA ISLA DE CHIPRE.



Vista tomada en el claustro de la abadía de Lapaís, isla de Chipre.

M. de Mas Latrie, autor de una Historia de la isla de Chipre, en tiempo de los principes de Lusitania, ha escrito varios estudios sobre los monumentos franceses de la misma isla. De su obra tomamos la descripción siguiente:

« Acababa de pasar la garganta de Cerines, cuando llegué á lo alto de una colina, distingui la fachada de un gran monumento, que las desigualdades del terreno me habían ocultado hasta entonces: era la abadía de Lapaís, fundada á mediados del siglo XIV por el rey Hugo IV de Lusitania, para una comunidad de religiosos, en cuyo cementerio quiso que le enterrasen. El convento se halla construido sobre un terraplen aislado de la cordillera de montañas de Bullavent, haciendo frente á la mar de Caramania. El convento

y la aldea cercana se hallan rodeados de grupos de naranjos, olivos, acacias, y palmeras. Esta hermosa y verde campiña, contrasta con las desnudas llanuras al otro lado de la montaña; todo el paisaje es admirable y no debemos admirarnos que los europeos de Larnaca, hayan dado á la campiña y al convento el nombre de *Bellopese*; pero esta denominación no es anterior al siglo XVII, y en tiempo de los principes franceses el convento no tuvo otro nombre que el de *Lapaís*, ó *Labais*, nombre derivado del de *Laphitia*, provincia de *Laphitos*, donde se halla situado.

» Primeramente me dirigí á ver la pieza mayor cuya hermosa fachada había llamado mi atención, y que consistía en una magnífica sala, larga de mas de 30 metros, muy alta



y alumbrada por dos pisos de ventanas ojivas que dan á la campiña y al mar. El muro en que se termina, y que parece sostener todo el monasterio sobre el borde de la montaña, tiene cerca de dos metros de grueso por arriba, y se prolonga hasta el fondo del valle. Las ventanas se hallan practicadas sobre el mismo valle. Un lindorseton intacto y cortado en cuatro hojas, recibe la luz hacia el Este; enfrente al Oeste, se abre una doble ventana gótica. Seis grupos de columnillas sostienen los arranques de la bóveda. Un pulpito de piedra caladase halla tambien pegado al muro septentrional de esta hermosa sala, que era probablemente el refectorio de la comunidad. En frente de la puerta y en la galería del claustro, se halla un rico sarcófago antiguo, adornado de genios y de coronas de flores, que han convertido en fuente; el agua sale por seis caños con llaves que tiene en la parte de abajo. Esta tumba se ve en el dibujo del claustro que damos con este artículo.

Los arcos góticos que forman la galería del claustro se dibujan en un cielo azul, rodeados de marañjos silvestres ó *kitronilla* plantados en medio del jardín. Los labores y adornos de estos arcos, son idénticos á los de todas las construcciones del siglo XIV.

La puerta de entrada del claustro, simulada, formando gíve por arriba, se halla cortada por un friso de mármol blanco donde están esculpidos los tres escudos de armas del rey fundador. Del pórtico, á cielo abierto, se llega, atravesando un patio, á la antigua iglesia de la abadía, donde los griegos celebran todavía sus oficios. La capilla está dedicada á la *Pania Asprophorusa*, Nuestra Señora del Vestido Blanco. En vano he buscado la tumba del rey Hugo, pues no he podido hallarla, y no me he parado un solo instante en la suposición de que el sarcófago del claustro haya recibido en 1360 los restos del príncipe, para volverse en el siglo XIV, el receptáculo de una fuente.

## EL NIDO DE CIGÜEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 5, 14, 21 y 26.)

« Todavía seguía hablando, cuando el baron levantó la cabeza, y vió una cigüeña blanca con la cabeza negra que se había colocado en el mismo sitio en que están las dos que han venido hoy; entonces contó lo que le había sucedido, y todo el mundo vió el dedo de Dios en esa milagrosa aventura. Roberto envió una lámpara de plata á la Virgen, y desde aquel momento las cigüeñas han protejido siempre al Steinberg.

« En memoria de este acontecimiento, los barones de Steinberg adoptaron por escudo de armas « una cigüeña de plata en campo azul, » y podría citaros una porción de predicciones relativas á la familia, en las cuales se ve que la suerte de esta casa se halla unida por un lazo misterioso, á la aparición ó desaparición de las cigüeñas... Pero, añadió la anciana meneando tristemente la cabeza, la juventud es incrédula y burlesca; no daríais crédito ninguno á esas inspeccionables influencias... »

« Y porqué no, mi buena Magdalena? replicó Frantz, cuyo pálido rostro se hallaba iluminado con una sonrisa; yo creo en la cigüeña de la pluma negra que habló al baron Roberto el Pajarero, como creo en las *cigüeñas de Ibcio* cuya historia nos han dejado Herodoto y Schiller.

El pensamiento del estudiante envolvía demasiada sutileza para que pudiera ser comprendido de Magdalena. Sin embargo la anciana conoció que Frantz no era completamente de su opinion con respecto á la leyenda del baron Roberto el Pajarero.

« Silencio! interrumpió de repente Whilelmina estendiendo la mano hacia el campo; he oído ruido en la hondata... Quién puede venir á estas horas? »

« Qué nos importa? dijo Frantz con el egoismo de la felicidad.

Sin embargo los tres callaron, y salieron á ver lo que era por el pretil de la torre. Oíanse distintamente las pisadas de dos caballos que resonaban por el camino en medio de la calma de la noche. Bien luego llegaron á descubrirse los jinetes á la falda de la roca en un sitio en que el camino se dividía en dos ramales, uno para subir al castillo, y otro para ir en derecha á la aldea de pescadores de que hemos hablado. Los dos viajeros se detuvieron un instante en la encrucijada, y despues de haber cambiado entre sí algunas palabras, uno de ellos se dirigió á la aldea, y el otro se puso á subir tan de prisa como se lo permitía su caballo, la rápida cuesta del Steinberg.

Whilelmina empalideció de súbito.

« Es mi hermano! murmuró con espanto.

« Sí, es el señor baron! repuso Magdalena temblando; huid, señor Frantz, huid: qué diría si os encontrara aquí? »

« No tengo derecho para esperarle? replicó Frantz con acento orgulloso; pero estáis ciertas que es el señor baron de Steinberg? »

« Le he conocido en el paso de su caballo, y ademas su traje no puede dejar la menor duda.

## VII.

En efecto, á la claridad de la luna que se alzaba en aquel momento, se descubría el uniforme bordado y lleno de galones que llevaban entónces las tropas prusianas. Whilelmina se había quedado petrificada; Frantz sentía temblar la mano de la jóven entre las suyas.

« Tranquilizáos, querida Whilelmina, la dijo con acento afectuoso; si es el baron de Steinberg, no creais que lo siento... nos explicaremos al instante; le diré la verdad y sabré al fin si pretendo oponerse... »

« No, no, no es así como debe saber las faltas que he cometido en su ausencia, interrumpió la jóven angustiada; dejadme que tenga tiempo para prevenirle, para prepararle á recibir esta noticia... Que no os vea en este momento... Oh! por piedad marchaos... »

« Ya no es tiempo, dijo Frantz aplicando el oído; me encontraría al salir con él sin remedio ninguno.

En efecto, el jinete había penetrado en el patio que hacía de jardín, y al punto se le oyó vocear con impaciencia. Frit Reutner corrió á él muy asustado; el viajero le arrojó las bridas de su caballo y penetró en el castillo.

« Dios mio! si viene aquí! murmuró Whilelmina.

« Como vendrá cansado del caballo, no tendrá gana de subir doscientos escalones... Salgáosle al encuentro.

« No, Frantz, os lo suplico, no os pongais aun en su presencia.

« Y porqué no? Acaso no debe saber tarde ó temprano... Pero, decidme Whilelmina, no sabéis quien pueda ser ese compañero de viaje de quien se ha separado en la encrucijada? »

« No; siempre ha venido solo aquí... respondió Magdalena, y ocupa el único cuarto que, ademas del de Whilelmina, hay habitable en el castillo.

« Y no se atrevería, añadió la jóven con tristeza, á traer aquí á uno de sus ricos amigos de Berlín... Pero oigo ruido en la escalera, Frantz, ocultaos.

« Miedosa! No habéis reconocido las pisadas de Frit? En efecto Frit volvió á aparecerse en la escalera de la torre. El pobre mozo había subido tan de prisa que soplaban como un buey y no podía decir una palabra.

« Mi hermano dice que baje, no es verdad? exclamó Whilelmina; al punto voy.

« Dios mio! qué podré decirle? murmuraba Magdalena; como podré soportar sus miradas? Ojalá toda su cólera caiga sobre mi sola... Vamos, Frit, vamos á recibir á nuestro señor; que no note que hay menos criados en su casa que en tiempo de su padre!

« No, no, dijo Frit con mil dificultades, haciendo señá á las dos mujeres de que no bajasen; el señor baron no quiere ver á nadie en este instante.

« Cómo es eso? »

« Mi hermano despues de haber permanecido un año lejos de mi... »

« El señor baron en cuanto llegó subió al aposento en donde acostumbra alojarse, y yo le seguí despues de haber metido su caballo en la cuadra. Cuando entré se hallaba con la cabeza entre las manos, parecia estar muy triste ó muy enfadado. Le pregunté si quería cenar, y me respondió bruscamente que no tenía hambre y que me fuera al diablo. Entónces le dije si debía advertiros que había llegado, y pasado un momento me contestó: « Díle á mi hermana que no puedo verla esta noche... que estoy enfermo y muy cansado... Pero no te se olvide prevenirle que mañana muy temprano debe prepararse para salir del castillo, se vendrá conmigo... y tú, ya puedes irte. » Y dicho esto, me dió un empujon, cerró la puerta, y aquí está todo lo que ha pasado.

Esta relacion extraordinaria, dejó á Whilelmina y á Magdalena, atónitas de asombro; ninguna de ellas quisieron creerlo. La estraña conducta del baron de Steinberg, la orden de marcha que había enviado á su hermana, sin acompañarla de ningun motivo, su deseo de permanecer solo despues de tan larga ausencia, todo contribuía á sumerjir en angustias mortales á la jóven.

« Dios mio! se decía, si sabrá ya lo que ha sucedido!

« Cómo es posible Whilelmina? repuso Frantz; quien puede haberle revelado nuestro secreto? Estoy seguro de la discrecion de nuestros amigos, y ademas el baron llega de Berlín, donde nadie puede saber lo que ha habido aquí la noche pasada... No, no; ahí existe un misterio contrario á nuestra dicha; quieren separarnos Whilelmina, esto es lo que saco en claro de todo ello... Pero no lo lograrán... »

« Oh! no, no, jamás! replicó Whilelmina; Frantz mio, nunca volveremos á separarnos; sabré resistir, si es preciso, á las voluntades de mi hermano... Pero retiraos, Frantz, puede querer subir á pesar de lo que ha dicho, y si os viese aquí conmigo... »

« Whilelmina, olvidad que debéis partir mañana... »

« Eso no sucederá, no tengais cuidado.

« Y si empujase para ello la fuerza... »

« Entónces invocaría vuestro apoyo. Pero, os suplico que no prolonguéis mas tiempo mi ansiedad.

« Así lo haré, repuso tristemente el jóven, os obedeceré, querida Whilelmina; me vuelvo á la aldea en donde me es-

peran mis compañeros Alberto y Sigismundo... Desde allí espíaremos lo que suceda en el castillo, y mañana temprano volveré para revelárselo todo al baron... »

« Ya que las circunstancias nos obligan, os prometó que no me opondré á ello... pero no olvidéis en esa entrevista que es mi hermano... y el vuestro.

« No lo olvidaré, Whilelmina, os lo juro; aun cuando debiera costarme... »

« Eso no es suficiente, jurádmme, que no responderéis á ninguna provocacion!

« Whilelmina!

« Juradlo, Frantz, juradlo... »

« Recibid mi juramento... Por agradaros seria capaz de aceptar hasta la deshonra... Adios!

Y dicho esto besó en la frente á su jóven esposa lo que dejó á Frit en el colmo del asombro; saludó afectuosamente á Magdalena, se volvió de nuevo para despedirse otra vez de Whilelmina, y desapareció en la oscuridad de la torre.

Al pasar por delante de la puerta del baron, detuvo un poco el paso por temor de que este le oyera, y sintió algunos débiles gemidos que salían de ese aposento cerrado cuidadosamente... Un instante despues, Frantz se hallaba fuera del castillo, pero en lugar de alejarse enseguida se puso á dar vueltas de un lado á otro, con ese afán del avaro que teme separarse del sitio en donde tiene escondido su tesoro.

## VIII.

La principal habitacion de la aldea que se elevaba á las orillas del Rhin, al pié del Steinberg, era una posada de miserable apariencia: solo unos estudiantes indiferentes á las comodidades de la vida, podían contentarse con semejante vivienda. La casa toda de madera, cubierta de pizarra vieja, desmantelada y mal segura, parecia que de un momento iba á venir al suelo.

Sin embargo allí era donde habitaba Frantz hacia muchos meses; y allí le esperaban Alberto y Sigismundo la noche del día en que comienza esta historia.

En una sala baja, adornada solo con unas cuantas mesas y unos bancos, y apenas iluminada con una vieja lámpara de barro, los dos estudiantes mataban el tiempo fumando y bebiendo cerveza, esas ocupaciones favoritas de todo buen alemán.

Sentados en frente uno de otro, delante de una mesa cargada de jarros y vasos vacios, de pan y cucuruchos de tabaco, fraternalmente confundidos, ambos se divertían en despedir de sus gruesas pipas de Meeschau, abundantes torbellinos de humo. Con los codos apoyados en la mesa, y la barba en las manos, los dos permanecían silenciosos.

Ambos llevaban el traje adoptado entónces en las escuelas; levita abotonada, cinturón de charol, y gorrita aplastada de dimensiones microscópicas, y los dos poseían tambien esos cabellos rubios, esos ojos azules, y esas cejas anchas, señales indelebles de la raza teutónica.

Sin embargo, en los rasgos de sus fisonomias se notaban ciertas diferencias, que existían tambien en su carácter.

Sigismundo Muller que era el mayor, era un jóven robusto, alto y lien hecho; su rostro habría sido frío y seco, sin cierta viveza en la mirada que le animaba por momentos; es cierto que esta viveza parecia únicamente concentrada en sus ojos, porque rara vez se sonreía, y los músculos de su fisonomia no manifestaban jamas ni malicia ni alegría. Sin